“La Hispanidad es la gran obra de España”. Cuando leí esta frase de Blas Piñar en sus escritos me pareció que era la clave de su pensamiento y que, al tiempo, no puede haber una definición más precisa y preciosa del significado de la palabra en torno a la que gira este libro.

Efectivamente, Blas Piñar volcó su vida en servir, con un inmenso amor y espíritu de sacrifico permanente, a Dios y a España; y, por ello, también amó y sirvió con toda su alma esta gran obra de la Hispanidad. A ella dedicó su vida y sus anhelos, consciente de que completar la hermandad de los pueblos hispánicos es también hacer grande a España y a todas las naciones que forman esta comunidad.

Por otra parte, siempre tuvo muy claro que España pudo llevar a cabo esta tarea encomendada por Dios en su cuidado providente de la Historia porque “se conservó fiel al esquema cristiano univer- sal y salvó en sí misma el *orbis christianorum*”. Y acometió “la obra americana con un sentido global y absoluto de misión. El Estado y los súbditos se transformaron en misioneros, es decir, en enviados, portadores de un mensaje”. La obra de América no fue para España y para los españoles una gran aventura, sino que fueron a allí “con sentido de misión [...] a implantar Iglesia [...] a crear, transmitien- do, una cultura que había de elevar moral e intelectualmente, a las comunidades y a las tribus autóctonas; y a construir reinos, desde el punto de vista político, que algún día y de algún modo alcanzasen su propia soberanía”[1]. Y, por supuesto, lo que en este párrafo decía Blas Piñar sobre América hay que extenderlo a todas aquellas tierras que forman la Hispanidad junto a Hispanoamérica, especialmente Filipinas y Guinea.

La Hispanidad está presente en los escritos de Blas Piñar desde su primera juventud. Pero, como es lógico, hay un momento claro de inflexión al ser designado Director del Instituto de Cultura Hispánica en 1957, cargo que ejerció durante cerca de cinco años y en los que, como hacía él siempre, se volcó en cumplir lo mejor que pudo con su responsabilidad, siempre compatibilizándolo con su vocación profesional, el ejercicio del notariado. Se trata de un período de intensa actividad en la vida pública, en la que casi a diario tenía algún acto, y no es raro que fueran dos o tres el mismo día; y en cada uno de ellos tomaba la palabra con intervenciones siempre dis- tintas, incluso aunque fuesen complementarias. Una etapa también trascendental, pues le permitió ahondar en esa vocación hispánica que sintió desde niño, continuar la obra ya iniciada por el Instituto, tomar nuevas iniciativas en la promoción de la cultura común del mundo hispánico y establecer lazos personales con muchas personas, tanto los colaboradores del Instituto, cuyo trabajo siempre recono- ció y agradeció, como con muchísimas personalidades del ámbito hispánico, con muchos de los cuales se establecieron lazos de verdadera amistad.

Si en el desempeño del cargo puso “el tesón y la esperanza [que] se ayudan e incrementan con la Fe, que escribo con mayúscula, por- que me refiero a la Fe teologal, que es la única luz que puede pene- trar en la sombra profunda y temible de nuestro tiempo”[2], supo despegarse del mismo por la fidelidad a sus ideales y a los problemas que veía en el mundo circundante, como bien reflejó en su emble- mático artículo *Hipócritas*[3]. Pero la Hispanidad no desapareció de su interés; al contrario, casi se avivó más, pues, en esa larga conviven- cia con los hombres del mundo hispánico, había comprendido mejor aún la indisoluble unidad entre el

porvenir de España, y de cada una de las naciones hermanas, y la consolidación y fortalecimiento de la Comunidad hispánica. Es cierto que a partir de ese momento, y especialmente desde 1975, cuando aborda el tema hay un cierto cambio de orientación: carente de medios públicos para fomentar los lazos culturales, analizaba con agudeza la realidad política del momento, resaltando como principal tarea la de evitar la expansión del comunismo, el gran peligro que supo ver para el mundo hispánico por lo que suponía también de ruptura de las raíces religiosas de la Hispanidad.

A lo largo de estas páginas voy a ir sistematizando el pensamiento de Blas Piñar acerca de la Hispanidad, recogiendo numerosos párrafos y textos de sus escritos por la claridad de su exposición; pero también porque es difícil encontrar palabras más precisas y expresiones más logradas para manifestarlas.

Consciente, por tanto, de lo que para Blas Piñar significó siem- pre la Hispanidad, recibí, con agrado y temor al mismo tiempo, el encargo que la Fundación Blas Piñar, a través de sus hijos Blas y Valle Piñar Gutiérrez, me hizo para abordar este tema en el marco de los trabajos que se publican con motivo del Centenario de su nacimiento. Agrado porque me iba a permitir ahondar en el conocimiento de una persona a la que tanto admiro por muchas cosas, pero especial- mente por la fidelidad inquebrantable a sus Principios (así, con mayúscula, porque no son unos principios cualesquiera); una fidelidad que le hizo perder la posibilidad de medrar, como hicieron otros muchos, y ganar, por el contrario, la enemistad y hasta el odio del nuevo aparato del poder. Pero, es indudable, le hizo ganar la tranquilidad de conciencia y, estoy segura, la gratitud y aprecio de quienes, como él, no quisieron traicionar a su conciencia y a lo largo de la Historia entregaron sus vidas a la noble tarea de hacer a España más grande, unos con su sangre en los campos de batalla y otros muchos con su trabajo callado y constante en las épocas de paz que la sangre de sus mártires y héroes consiguió asentar.

Pero, al mismo tiempo, también temor porque suponía entrar en uno de los temas clave de su pensamiento y de su obra; temor a no saber condensar correctamente toda la riqueza y belleza del con- tenido de sus escritos; a no resaltar como se merece la perfecta combinación de un lenguaje cuidado y escrupulosamente pulido con la profundidad de sus afirmaciones, apoyadas en la lectura de tantas y variadas obras a lo largo de toda su vida.

Personalmente, tengo que agradecer la confianza depositada en mí; y, de manera muy especial, la comprensión hacia los retrasos que por diversos motivos se han producido en el largo plazo de elaboración de este libro. Agradecimiento que también quiero hacer extensivo al editor de la obra, Álvaro Romero, por la paciencia que también él ha tenido, así como la prudencia que ha mostrado no presionando en ningún momento para que le entregara el trabajo comprometido.

Y agradecimiento muy especial, lo reitero, a Blas Piñar Gutiérrez por facilitarme el acceso al Archivo de la Fundación Blas Piñar y proporcionarme toda la documentación disponible para la elabora- ción del libro. Tengo que decir que, junto a su generosidad, destaca también la gran tarea de clasificación, ordenación y

digitalización de los documentos que ha ido realizando desde hace ya varios años. Sin su apoyo no habría sido capaz ni de empezar el trabajo.

1 *Respuesta de España al llamamiento apremiante de Iberoamérica*, discurso pronunciado en Burgos, en el acto de Clausura de la VI Semana de Misionología, el 10 de agosto de 1962.

2 Utilizo para señalar estas virtudes las palabras del propio Blas Piñar para la revista argentina "Memo- ria" el 19 de abril de 1994, animando a desarrollar su tarea cuando la revista daba sus primeros pasos. 3 Publicado en "ABC", el 19 de enero de 1962.